

LA ONTOLOGÍA DEL HABITAR: LA FACULTAD PRIMORDIAL DEL SER

ANGÉLICA CRESPO*

RESUMEN

La facultad de “habitar” el mundo es una de las capacidades fundamentales que nos define como seres humanos. Cuando el hombre se hace consciente de que, en efecto, “habita” el espacio, logra establecer diálogos fecundos con el entorno y se dimensiona en su propia realidad ontológica. La fenomenología y su prolija reflexión sobre los “actos” nos despeja el camino para transitar desde un estéril “residir y subsistir” hacia un fecundo “habitar y ser”.

Palabras clave

Habitar, Ontología, Cuerpo, Fenomenología.

ABSTRACT

The power to “inhabit” the world is one of the fundamental capabilities that define us as human beings. When man becomes aware that, in fact, “inhabits” space, he manages to establish fruitful dialogues with the environment and thinks himself in his own ontological reality. Phenomenology and neat reflection on the “acts” clears the way for us to move from a sterile “live and survive” to a fruitful “living and being”.

Keywords

Inhabit, Ontology, Body, Phenomenology.

Recibido: 8 de septiembre de 2014

Aceptado: 13 de noviembre de 2014

* Doctorando Filosofía, Universidad Santo Tomás, Bogotá. angelica.crespo@hotmail.com

El debilitamiento de la facultad de habitar

Una de las grandes apoloías de la sociedad contemporánea es su constante rechazo a la repetición y la monotonía. De forma reiterada y extenuante la cultura nos hace constantes llamados a la innovación, al rompimiento, al olvido de todo lo pasado proyectando todo tipo de alegrías y satisfacciones en un tiempo siempre futuro, y de una u otra forma, inalcanzable desde el Instante presente. Así, todo lo que se constituye como habitual, todo lo cotidiano y lo reiterativo, termina por ser interpretado como síntoma de una profunda carencia; todo lo que se vuelve “costumbre” se hace portador silencioso de una tristeza casi letal, de una especie de “retroceso” existencial, de una torturante sospecha de “no futuro”.

El hecho de repetir acciones, de repetir afectos, de repetir caminos, de repetir pensamientos queda peligrosamente expuesto a ser leído como un “triste destino”, como el “triste sino” de aquel que no conoce la luz de la innovación ni la verdad de la sorpresa, de aquel a quien “no le han sido concedidas” las promesas de una “vida mejor”. En medio de este afán, va perdiendo fuerza una de las principales facultades ontológicas del hombre: la facultad de habitar. El olvido del presente lo hace olvidar que, es precisamente en el acto que surge en el instante presente, donde se concen-

tran todas las potencias humanas. Esta breve reflexión sobre la ontología del habitar nos hará recordar por qué.

La ontología del habitar a partir de los actos

La facultad de habitar nos pone súbitamente frente a la experiencia del instante a partir de la ontología de los actos. Esta facultad ontológica plantea una crítica radical contra el subjetivismo filosófico, contra la tradición del “hombre solitario” que padece pero se deleita en el universo abstracto de sus mundos subjetivos. Ahora, a partir de la **ontología del habitar**, la filosofía le extiende una invitación no solo al pensador, sino al hombre mismo, para que en “un mismo acto ontológico” se funda con la sencillez del mundo, con la fecunda cercanía de las cosas mismas.

El lugar primero en el que habremos de fortalecer la facultad de habitar, será en la casa misma:

Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es nuestro primer universo. Es realmente un cosmos... Pero nuestra vida adulta se halla tan despojada de los bienes primeros, los lazos antropocósmicos están tan relajados que no se siente su primer apego en el universo de la casa (Bachelard, 2005, p. 12).

La ontología del habitar se apropia de la casa a partir de la intencionali-

dad de los actos. Pues allí el habitar se constituye como un conjunto de resonancias y repercusiones, como una unidad de ecos y recuerdos del ser del pasado que hacen vibrar el ser primero preparándolo así para el dinamismo ontológico del futuro. La casa se erige como uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre. Será la casa en la vida del hombre la que habrá de suplantar contingencias y multiplicar sus consejos de continuidad:

Sin ella, el hombre sería un ser disperso. La casa lo sostiene a través de las tormentas del cielo y las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano. Antes de ser “arrojado al mundo”, el hombre es depositado en la cuna de la casa. La casa primera es siempre una gran cuna... Allí el ser es de inmediato un valor. La vida empieza bien, empieza encerrada, protegida, toda tibia en el regazo de una casa; el ser es el ser-bien, en que el ser humano es depositado en un estar-bien, en el bien-estar asociado primitivamente al ser... Dentro del ser, en el ser de dentro, hay un calor que acoge el ser que lo envuelve. El ser reina en una especie de paraíso terrestre de la materia, fundido en la dulzura de una materia adecuada. Parece que en ese paraíso material, el ser está impregnado de una sustancia que lo nutre, está colmado de todos los bienes esenciales...En

esta maternidad de la casa se gesta el calor primero (Bachelard, 2001, p. 37).

Pragma. El uso de las cosas. Lo que nos concierne

En el entorno cercano y familiar de la casa, las palabras y las esencias se encarnan en el mundo sensible. Las cosas surgen a partir de la palabra. Los actos hallan su fuerza fundadora a partir de la simplicidad de la textura, del volumen, del color, del olor, del sabor, de la temperatura. En la cercanía del hogar primero el verbo, el lenguaje se hace carne, y las palabras imágenes vivientes capaces de evocar una y otra vez su propio mito de origen. Como lo afirma Heidegger en su trabajo “La Época de la Imagen del Mundo”:

La visualidad no es estrategia del entendimiento, es el entendimiento mismo... Así, cuando decimos que hemos entendido una noción o comprendido un concepto, en realidad estamos diciendo que ya tenemos una imagen visual de lo entendido o de lo comprendido. Porque para comprender el mundo y someterlo al experimento y al análisis, ese mundo ha de convertirse primero en imagen (Heidegger, 2008, p. 66).

En este caso, la ontología del habitar nos acerca al mundo de la materialidad sensible, de las imágenes de los objetos cercanos, que nos conciernen.

La cosa comienza siendo aquello que nos concierne, que nos ocupa, que nos convoca, y de lo que tratamos... Y es que hemos llegado a las cosas desde el punto de vista de su surgir en nuestros actos. Hemos encontrado que los actos consisten precisamente en un “surgir la cosa”, de modo que nuestra primera aproximación a la cosa tiene lugar desde el punto de vista de su aparecer en nuestros actos (González, p. 128).

Así, la facultad de habitar nos confronta no solo con “cosas-realidad” sino con “cosas-sentido”. El mundo y sus objetos se convierten tanto impresiones como en significados; ellas son el “a la mano” heideggeriano a partir del cual el hombre se integra plenamente con el mundo. A partir de su interacción con las cosas cercanas el hombre construye sus significados y sus vivencias vitales. Al interactuar con la sencillez de las cosas primeras, el hombre renueva sus relaciones con el espacio, fundándolo cada vez a partir de nuevos encuentros.

Tal como lo propone la **ontología del habitar**, los actos que nos unen a las cosas cercanas no son rígidos sino dinámicos; son experiencias vivenciales que se constituyen siempre como posibilidad: la posibilidad que tiene el hombre de volver a asombrarse al re-descubrir el interior palpitante de las esencias del mundo.

La facultad de habitar se interesa por

las cosas que le conciernen al hombre, porque es precisamente a partir de ellas, que este se define antropológicamente en el espacio. La casa no es solo casa. Es la casa-cosmos, la casa-vientre, la casa-morada donde el hombre deja sus huellas. Pues nunca el hombre está más vivo que cuando a partir de sus actos “choca” su cuerpo con los objetos que le conciernen y que constantemente lo transforman. El contacto constante y siempre nuevo con lo que le concierne, es lo que le garantiza al hombre la vida misma como potencia fundadora. Y es precisamente esta actitud dinámica con el entorno la que lo hace histórico.

El acontecer de la ontología del habitar

Según lo que nos propone la **ontología del habitar**, podemos deducir que son precisamente las presencias cercanas las que construyen los fundamentos de nuestro ser; son ellas las que nos explican el porqué y el para qué de todo cuanto existe; es de la interrelación entre ellas que surge la realidad; por lo tanto, solo una filosofía capaz de crear imágenes puede ser generadora real de sentires, pensamientos y deseos. Pues como ya lo entendimos a partir de la facultad de habitar, al nombrar los objetos y reconocerles un lugar en el tiempo y el espacio, se les concede no solo la posibilidad de volver a ser vistos, sino la poderosa oportunidad de evocar contundentes realidades primeras, de

despertar en ellos nuevamente su potencial fundador.

La ontología del habitar es una ontología del acontecer. Pues en ella la realidad y el ser están integrados. Es el hombre, al interactuar con todo aquello que tiene a la mano, quien logra que las cosas se “hagan presentes”, que las cosas surjan. Cuando los objetos acontecen como apertura emana la noción de “mundo” y de “significado”. El mundo vuelve a fundarse sobre lo sencillo fundamentando de nuevo la realidad más estable y genuina del hombre.

En la casa, las cosas vienen a la presencia a partir de la interacción constante del hombre con el entorno cercano que funda a partir del sentido y de la palabra. Pues no será el lenguaje apropiador y manipulador el que coloque las cosas en la cercanía antropológica del hombre. Tendrá que ser el lenguaje ontológico, la “actitud” filosófica y fundadora, la que propicie la apertura de los actos hacia el sentido del habitar primero.

Sarx. El cuerpo vivo. Un mismo acto fundador del habitar

Aproximándose a una interpretación del hombre que se funde con sus actos, la **facultad de habitar**, se relaciona directamente con el concepto de “carne” como “cuerpo vivo”. A partir de esto, se le da una gran importancia al cuerpo, no de un “sujeto”, sino al de una “persona” cargada no de dimen-

siones racionales y subjetivas, sino de dimensiones y expectativas vitales y corporales. De ahí la “presencia de la carne” como una condición fundamental para que el hombre pueda llenarse de actos; el hombre que habita no debe estar preso y poseído por un yo subjetivo absoluto.

Ahora, la corporeidad misma lo convoca a estar abierto y atento al acontecimiento del sentido, a ser prácticamente omnipresente para poder así recibir de las cosas sus texturas, sus colores, sus formas, sus olores, y “completarlas” con el sentido de su propia experiencia. Así, la corporeidad que propone la ontología del habitar no es más que una omnipresencia que convoca al cuerpo vivo a ser y a estar en todas partes, atento siempre a los diálogos fenomenológicos que habrá de establecer con la realidad a partir de los actos mismos.

La ontología del habitar plantea la necesidad profunda que tiene el espíritu de relacionar al hombre directamente con los fenómenos fundacionales de la realidad. Lejos de ser el ejecutor de una actividad lejana, racional y contemplativa, el hombre está llamado a construirse a partir de la interacción que pueda, quiera, y sea capaz de establecer con las cosas; es decir con las “cosas-sentido”. Este nuevo vínculo entre la “corporeidad” del hombre con la estructura y el lenguaje puntual de lo “a la mano” es el que sustenta la realidad del cuerpo vivo.

En la facultad de habitar, la realidad del objeto no es nada si el hombre no es capaz de captar en él su esencia, si no es capaz de encontrar en él la interacción de los sentidos a partir de la apertura del significado. Así, la relación del hombre, es decir, de la persona con las “cosas-sentido” resulta siendo más rítmica que visual; pues esta interacción debe, antes que nada, establecer un vínculo para que aquel que se involucre con los objetos, pueda también *habitar* el objeto a partir de múltiples posibilidades de sentido.

Recordando el “ser-siendo” de Heidegger, sin hombre no hay mundo y sin mundo no hay hombre. Pero hace falta “hacerse carne” para experimentar los efectos de esa relación que siempre es nueva en un “aquí” y en un “ahora” específicos para el cuerpo vivo. Así, podríamos también arriesgarnos a afirmar que el acontecer y el surgir fundador que vuelven a propiciarse a partir de la facultad de habitar, salvan de la soledad no solo a las cosas, sino a nosotros mismos. Pues somos nosotros, nuevos “hombres que habitamos”, quienes podemos hallar ahora el bienestar de la cercanía del mundo a partir de la intencionalidad de la experiencia, de la apertura, de la donación de lo “a la mano”.

La ontología del habitar colectivo

Aunque hubiera distintos universos (o cosmos) independientes entre sí desde el punto de vista

de sus contenidos, sin embargo, todos ellos serían reales y formarían un solo mundo. Mientras que el mundo como unidad de sentido es siempre un “circunmundo”, el mundo como unidad de las cosas reales por su carácter de realidad incluye a todas las realidades, aunque no pertenezcan a mi campo de realidad (González).

Y es precisamente esta nueva sensación de compañía, la que al ser compartida por la “invisibilidad colectiva”, nos lleva, a partir de los actos, a experimentar desde un todo original y siempre único el sentimiento del “Mitdasein” presente en los lugares, en las cosas y finalmente en el mundo. En el “El origen de la obra de arte”:

El hombre histórico funda sobre la tierra su morada en el mundo. Un mundo que no se funda sobre la base firme de la tierra, un mundo aéreo y quimérico, no puede garantizar al hombre una morada estable. El hombre debe vivir con y entre las cosas, violentarlas, dejándoles ser lo que son (Heidegger, 2008, p. 43).

El mundo solo es mundo a partir de la “irrupción” fundadora de nuestros actos. Para que surjan los actos, para que surja el sentido, es decir el mundo y la historia, será fundamental que el hombre abandone sus egos racionales, sus certezas metafísicas y se sienta incompleto. Pues solo así podrá ser

convocado por la realidad misma para que, a partir de sus actos, termine de construirla mediante nuevos caudales de sentido. El hombre es ahora estímulo y acción. Insistencia y acción transformadora. Pero sobre todo, es comunidad. Es con lo otro y con los otros. Es repercusión no solo en la realidad de la casa sino en la realidad de la historia misma. Si el mundo es la casa primera, las acciones del hombre habrán de repercutir en el todo histórico del mundo. Porque histórica es la relación del hombre con todos los objetos y realidades que le rodean. Historia es su acción propiciadora en el cotidiano acontecer del mundo mismo.

El instante como fundamento ontológico de la facultad de habitar

La ontología del habitar, nos convoca también a la reflexión filosófica sobre el “ahora”, sobre el instante como punto de partida del surgir y del acontecer. La tradición fenomenológica considera el Instante como el elemento primordial del Tiempo. Instante que, sin embargo, no pretende escindir la conciencia a partir de una apología de lo momentáneo, sino instaurarla dentro de la concepción del progreso como una fuerza siempre incisiva y penetrante. Es decir, el Instante concebido no como un punto de escape ni como una evasión, sino como un cuestionarse activamente sobre la evolución del Tiempo, sobre su Historicidad discontinua. Al respecto, Gaston Bachelard nos aclara que:

Ese carácter dramático del Instante tal vez pueda hacernos sentir la realidad. Lo que quisiéramos subrayar es que, en esa ruptura del ser, la idea de lo discontinuo se impone sin la menor sombra de duda. Tal vez se objete que esos instantes dramáticos separan dos duraciones más monótonas. Pero llamamos monótona y regular a toda evolución que no examinamos con atención apasionada. Si nuestro corazón fuera suficientemente vasto para amar la vida en el detalle, veríamos que todos los instantes son a la vez donadores y expoliadores, y que una novedad joven o trágica, repentina siempre, no deja de ejemplificar la discontinuidad esencial del Tiempo... Por eso, para sentir el instante, nos es preciso volver a los actos claros de la conciencia... Para comprender las relaciones del Tiempo y del Progreso será necesario insistir en esa concepción actual y activa de la experiencia del Instante. Entonces entenderemos que la vida no se puede comprender en una contemplación pasiva; comprenderla es más que vivirla, es verdaderamente propulsarla. No corre por una pendiente, en el eje de un tiempo objetivo que la recibiría como un canal. Es una forma impuesta a la fila de Instantes del tiempo, pero siempre encuentra su realidad primordial en un Instante (Bachelard, 2002, pp. 15, 20).

Como vemos, el Instante para Bache-

lard tiene también, la particularidad de la donación a partir del acto mismo. La intuición del instante interpela al sujeto para que conciba su evolución a partir de la sucesión de actos creadores; el pasado y el porvenir están determinados por la conciencia del Instante en que el Individuo da y recibe. Es en el instante lleno de conciencia y de voluntad de donación donde se fermenta la fuerza del Ser y el sentido del Tiempo.

En la ontología del habitar, el hombre recibe la donación de las cosas en la riqueza del instante. En un mismo acto instantáneo ambos dan y ambos reciben los dones del sentido, logrando así fundar conjuntamente el mundo. Es un mutuo esfuerzo, es un mutuo querer, es una mutua co-sensación, es un mutuo co-tocar entre el hombre y las texturas, entre el mundo y los sabores, entre el mundo y el instante de la percepción.

La materia es así el hábito de ser realizado de la manera más uniforme, puesto que se forma en el nivel mismo de la sucesión de los Instantes... La vida lleva entonces nuestra imagen de espejo en espejo; somos así reflejos de reflejos y nuestro valor está hecho del recuerdo de nuestra decisión... Todo ser individual y complejo dura así en la medida en que se constituye una conciencia, en la medida en que su voluntad se armoniza con las fuerzas subalternas y encuentra ese esquema del gasto económico que constituye un hábito. Nuestras arterias tienen la

edad de nuestros hábitos (Bachelard, 2002, pp. 65-67).

Como vemos, la facultad de habitar nos lleva a concebir las relaciones con las “cosas-sentido” no como monotonía ni como repetición, sino como persistencia y regeneración. La invitación consiste en un querer hacer “durar” el Tiempo inventándolo, reiterando una y otra vez su carácter renovable a partir del hábito en que se fortalece el acto, para que así, el Instante construya la Duración, y la Duración el Progreso. A partir de la interpretación de los actos que plantea la ontología del habitar, podría pensarse que tanto el individuo como las culturas que no le otorgan valor a sus “instantes” y a sus “hábitos”, que simplemente “los dejan pasar” sin ninguna reflexión argumentando un arrogante “desdén hacia lo repetitivo” y un “imperioso afán hacia el futuro”, terminan, en últimas, por no ver ni la Duración ni el Progreso.

Pues al ignorar la sencillez ontológica de los instantes, al despreciar la donación de los actos del “ahora”, tanto los individuos como las culturas dejan sin fundamento la construcción ontológica del futuro. Pues no puede haber futuro ni progreso para un hombre o para un pueblo que no comience por fundarse a partir del diálogo sencillo con sus objetos, con sus frutos, con sus texturas, con sus olores, con su habitar primero. Recordemos aquí nuevamente, que la característica fundamental del acto en el Instante es la

donación, la capacidad de nutrirse con la razón y la conciencia, para entregar a cambio sentido y fundamento.

¿Dónde encontraremos ese conocimiento del Instante creador con mayor seguridad que en el surgimiento de nuestra conciencia?

¿No es allí donde es más activo el impulso vital? ¿Por qué tratar de volver a cierta fuerza sorda y oculta, que más o menos ha perdido su propio impulso, que no lo ha acabado, que ni siquiera lo ha continuado, cuando ante nuestros ojos y en el presente activo se desarrollan los mil accidentes de nuestra propia cultura, las mil tentativas de renovarnos y crearnos? (Bachelard, 2002, pp. 16-17).

Así, para captar toda la grandeza ontológica del instante será indispensable volver a los actos que se impregnan en la carne misma. Volver a concebir la experiencia corpórea de lo presente como el núcleo ontológico de la existencia. Cabría recordar en este punto una famosa cita de Nietzsche, tomada de sus *Fragmentos Póstumos*:

...mira, mueres, pasas y desapareces: y no hay nada que reste de ti como un "Tú", pues, las almas son tan mortales como los cuerpos: Pero el mismo poder de las causas que te creó, esta vez retornará y tendrá que recrearte: tú mismo, polvo de polvo, perteneces a las causas de las que depende el retorno de todas las cosas. Y si tú

eres dado nuevamente a luz alguna vez, entonces no será para una nueva vida o una vida mejor o una vida parecida, sino para la misma e idéntica vida que tú ahora decides en lo más pequeño y en lo más grande (Nietzsche, 1984, p. 181).

Así, es en la pequeña y en la gran decisión tomada aquí y ahora, reflexionada aquí y ahora, valorada aquí y ahora, a partir de la intuición consciente del Instante, donde reside cualquier legado del pasado y cualquier proyección hacia el futuro a partir de la ontología del habitar. En la pequeña y en la gran decisión tomada aquí y ahora reposa el germen del progreso, se fermenta la esencia de lo que me ha sido otorgado y de lo que, desde mí, habrá de ser.

Las causas me influyen y me constituyen, pero también, me construyen y me proyectan. El pasado y el futuro emanan de la misma fuente y se encuentran en el Instante presente de la carne; en él las causas sobreviven y se proyectan; en él los proyectos se recuerdan y se sueñan; en él las nostalgias se añoran y se esperan. A esto precisamente se refiere Heidegger cuando afirma que

la interacción con el mundo, lejos de realizarse en el vacío, se refiere un grupo humano histórico, es fundación, es desvelamiento de lo que constituye el subsuelo histórico de un pueblo, de aquello en lo que el ser-ahí está ya proyectado

como histórico, “su” tierra y “su” mundo; finalmente, como regalo y fundación es, siempre comienzo verdadero, un salto por encima de lo venidero, si bien como encubierto (Heidegger, 2008, p. 44).

La ontología del habitar en latinoamérica

A partir de la ontología del habitar es posible también arriesgarnos a establecer las bases del subsuelo histórico de Latinoamérica. Ahora, el habitar latinoamericano fundamenta su ontología en la tradición misma de sus paisajes, de sus olores, de sus sabores, de sus objetos, de sus texturas. Así, el hombre latinoamericano, más que como una realidad dada, puede ser concebido como un ideal fenomenológico y por tanto histórico. El ideal del hombre que se involucra con su entorno, que permite que su “carne” se construya conjuntamente con el tiempo y con la historia, y sobre todo, con el constante reconocimiento de sus cercanías a partir de la interacción de sus actos con la sencillez de lo “a la mano”. De ahí la importancia de que ese Instante, de que ese “hábito”, ahora latinoamericano, sea, ante todo, un acto de experiencia, un acto de profundos intercambios corpóreos con la realidad.

Pues sin esta valoración de los actos, de los hábitos a partir de la reflexión de los Instantes que los constituyen, tanto los destinos personales como los colectivos corren el riesgo de extra-

viar el Sentido, de fundar sobre lodo blando los cimientos de la vida. La ontología del habitar nos recuerda que la identidad no es un discurso sino una experiencia de la carne misma. Es débil en este momento la facultad de habitar del hombre latinoamericano. Mientras más lo persiguen los discursos de la identidad y la pertenencia, más huyen de él los actos de la carne.

El habitar latinoamericano corre el riesgo de perder la tradición de su culinaria, de sus sabores, de su música tradicional y de una valoración activa del paisaje. El latinoamericano que sueña con ir a vivir a otras ciudades ya no habita su entorno. El latinoamericano que crece escuchando que su rostro, que su entorno, que su casa no es lo que “debería ser” desde idealismos ajenos a su entorno, padece una carencia profunda en una facultad de habitar. Su realidad ha escapado de la ontología de los actos fundadores.

Así, el mensaje valioso que cabe rescatar desde la ontología del habitar en estos tiempos en que todo lo que se demora, lo que se repite, lo que tiene “sospechas” de continuidad está condenado por principio, es que una ontología que prescindiera de la reflexión del Instante, que argumente en aras de la Evolución y de los “Tiempos Mejores” un desdén por el presente llamándolo monótono, inútil y repetitivo será una ontología sin progreso; una ontología débil, frágil, vacía y peligrosamente expuesta a dejar al hombre desnudo y condenado a no poder

construirse desde la sencillez ontológica de los actos que constituyen la más poderosa de sus facultades: la facultad de habitar.

Referencias

- Bachelard, G. (2001). *La poética del espacio*. México: FCE.
- Bachelard, G. (2002). *La intuición del instante*. México: FCE.
- González, A. *Ontología de la praxis*.
- Granel, M. (2008). *La vecindad humana*. Madrid: Fundación Manuel Granel.
- Heidegger, M. (2008). *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza.
- Heidegger, M. (2009). *Ser y tiempo*. México: FCE.
- Nietzsche, F. (1984). *Fragmentos póstumos*. Barranquilla: Uninorte.

